

EL “BASERRITARRA”



SUCESO HISTÓRICO

Las caserías de que está sembrada Guipúzcoa se llaman «baserri», «echalde» y «echondo», cuyos significados son diferentes.

Las caserías cercanas á los pueblos se llaman «echaldes, de «eche» y «aldeko», y es lo que este nombre significa. Las que están más cercanas y pegantes se dicen «echondos» cuyo significado es el mismo. Las que están más lejos del pueblo se llaman «baserri» y significa lugar de monte.

Pero ya en muchas partes de esta provincia se usan indistintamente estos nombres, llamando «echalde» al «baserri» y «baserri» al «echalde».

Pero el que prevalece y debe prevalecer como propio es el de «baserri».

Decimos «baserritarra» por el habitante de las caserías, y castellanizándolo «baserritaños»; y no nos valemos de los otros dos nombres.

Toda esta digresión campestre es para venir á parar en el casero, sujeto que á través de los siglos continúa siendo el mismo de antaño. Aferrado siempre á la rutina en la labor de la heredad; conservador de las tradiciones en la familia, y amigo de las consejas y supersticiones en el trato humano.

El padre Larramendi manifiesta en su Corografía á propósito del casero, que es de cabeza tan sana, dura y fuerte, que apenas hay herida de muerte en ella. No extrañará, por lo tanto, que en un cerebro organizado con estas condiciones sea difícil que entre el convencimiento por la persuasión, sobre todo en materia científica.

Mas conviene advertir que el labrador de nuestros campos, además de la gramática parda, que tan fundadamente se le atribuye, tiene

también una gran dosis de filosofía parda, ó del color que le conviene, pero muy racional.

Se cuenta que un médico fué llamado á una casería á prestar asistencia á una criaturita de pocos meses, sin que el joven galeno pudiera dar con las causas de la enfermedad, ni aliviar ésta.

Al cabo de varias visitas sin resultado de alivio aparente en el niño, el padre llamó á un rincón al médico y con los mil rodeos consiguientes de la astuta gente rural, le dijo:

—Señor médico, ya sabemos que está usted haciendo lo imposible para curar á nuestra infeliz criatura; se lo agradecemos á usted muy de veras, pero el niño no mejora y es porque usted no acierta á comprender lo que tiene, y me ha ocurrido una idea. ¿No le parece á usted conveniente que llamemos al veterinario? Lo que dice mi mujer; cuando la vaca está enferma, como la pobrecita no habla, el albeitar adivina lo que tiene y la cura. Y como el niño tampoco habla todavía y no puede decir lo que siente, y usted no acierta, el veterinario acertará lo mismo que con los animales.

El médico no pudo contener la risa y soltando un carcajada, le replicó:

—Efectivamente, no me parece mala tu idea, pero debes completarla con otra, y es que cuando vayas á buscar al albeitar no te olvides de traer al herrador que buena falta te hace.

Sin embargo, en medio de su brutalidad, la filosofía del casero salta á la vista.

Los animales no hablan, no pueden expresar lo que sienten, y á pesar de esto el veterinario comprende de qué mal sufren y los alivia. Los niños de corta edad tampoco pueden manifestar el sitio de su dolencia, porque no hablan, y si el médico no adivina, forzoso es, al parecer de la gente del campo, llamar al albeitar que si conoce la enfermedad de un irracional, con mayor motivo conocerá la de un ser humano.

Entra también en ellos el razonamiento de que el médico es más caro y receta, cuando el veterinario con un cocimiento de yerbas ó una sangría sale del paso.

A cuántos comentarios se prestan escenas como la descrita y la multitud de ellas que se observan continuamente entre la gente rural.

ALFREDO DE LAFFITE.

